

Silvia Molina



(Ciudad de México, 1946). Es antropóloga por la ENAH y licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM, donde también cursó posgrado en literatura prehispánica y participó en el seminario de traducción de documentos en náhuatl del Instituto de Investigaciones Históricas. Ha desarrollado una destacada trayectoria editorial como editora en PROMEXA, directora editorial de CIDCLI y de Ediciones Corunda, además de impartir talleres de creación y clases de Literatura Mexicana y Redacción en la UNAM.

Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores, del International Writing Program de Iowa, del Fideicomiso para la Cultura México–USA y del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Autora de novela, cuento, ensayo, crítica literaria, teatro, crónica y literatura infantil, ha sido reconocida con premios como el **Xavier Villaurrutia** (1977), el **Juan de la Cabada** (1992), el **Sor Juana Inés de la Cruz** (1998), el **Leer es Vivir** (1999) y el **Antonio García Cubas**. Su novela *El amor que me juraste* fue finalista del **Premio Internacional IMPAC de Dublín** en 2001.

Actualmente es presidenta del Seminario de Cultura Mexicana, vocal de la Sociedad Alfonsina Internacional y miembro corresponsal de la **Academia Mexicana** de la Lengua por Campeche. Su obra ha sido traducida a varios idiomas.



Voz Viva de México
Cuentos
VV 160

Contenido

1. Presentación. Mónica Lavín.....	3
2. La casa nueva	6
3. Domingo	9
4. Cuento chino	15
5. Lucrecia	23
6. Queja vial.....	31
7. Una mandarina es una mandarina	37

 [Escucha los audios](#)

Utiliza adecuada y respetuosamente las herramientas que te compartimos a continuación para desarrollar tu propuesta de ilustración para la portada de este título de **Voz Viva**.

Estos recursos te ofrecerán una comprensión más profunda de los aspectos clave de la obra de **Silvia Molina**, proporcionándote elementos adicionales para enriquecer tu proceso creativo.

El prólogo, los audios en la voz de la autora, la edición del texto y sus características, son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Queda **prohibida la reproducción** total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Consulta otros recursos sobre [Silvia Molina](#) en [Descarga Cultura.UNAM](#)



Presentación Mónica Lavín

La cristalina naturalidad de Silvia Molina

Silvia Molina es serena y fuerte, apacible y apasionada, directa, transparente y de discreta inteligencia. Ha legado un clásico a la literatura mexicana y universal: *La mañana debe seguir gris*, merecedor del Premio Villaurrutia, de escritores para escritores, cuando la autora apenas cumplía treinta años. Una novela breve y la primera de la autora, afincada en una experiencia personal: una chica mexicana que va a Europa y se enamora del poeta tabasqueño y de la posibilidad de la libertad. Su nombre no está ahí, pero todos sabemos que es José Carlos Becerra, muerto prematuramente en un accidente en las montañas de Brindisi en Italia. La muerte mutila los sueños, Silvia escritora los hace literatura. La novela narra la cara íntima de quien ha quedado de reunirse con el poeta y escapar del cerco de la tía que la cuida precisamente en esos años 60 donde la libertad juvenil se estrenaba al compás de los Beatles. *La mañana debe seguir gris* es una novela clásica a la manera borgiana: un libro que las distintas generaciones leen con la misma devoción.

Silvia Molina, diestra narradora con una vasta colección de novelas, cuentos, literatura infantil y ensayo, encuentra el tono preciso para colocarse frente a los mundos narrativos. La distingue el hallazgo de las voces con las que opera la magia persuasiva de la naturalidad: sea la novela de corte histórico como *Matamoros, el resplandor de la batalla*, o cuando refiere a su propia historia como hija de Héctor Pérez Martínez quien fuera gobernador de Campeche secretario de gobernación y que muere cuando ella es apenas una niña como en *Imagen de Héctor*; o *En silencio, la lluvia* nacida de sus años europeos en Bruselas donde se asoma a la vida en una casa de beatas, o la ganadora del premio Sor Juana *El amor que me juraste*, o la más reciente ocupada de la memoria del *Tío Rafael*, el pariente político



que llevó a la casa familiar los aires del exilio y atizó la voluntad de escritura de la protagonista.

Con la misma naturalidad y tino de su caudal narrativo, ha sido una eficiente funcionaria cultural y una audaz editora que fundó la editorial Corunda y dio salida a textos de jóvenes escritores e imaginativa visibilidad a la literatura infantil. Su libro *Mi familia y el sueño de la bella durmiente cien años después*, de gran originalidad y atractivo diseño, fue merecedor del premio Juan de la Cabada, que precisamente entrega el Gobierno de Campeche, entidad a la que Molina ha dedicado atención y libros.

Silvia Molina pertenece a la generación de escritores con los que ha llevado una estrecha amistad como Hernán Lara Zavala, Bernardo Ruiz, Marco Aurelio Carballo, Joaquín Armando Chacón, Aline Pettersson y María Luisa Puga. Una generación donde las mujeres ya tenían una presencia y un reconocimiento, pero aún eran pocas. Las escritoras eran amigas de los escritores, incluso tenían proyectos juntos como aquella novela escrita a muchas manos que llevó por título: *El hombre equivocado*. Un experimento narrativo de escritura a relevos que refleja el espíritu gregario y juguetón de los escritores nacidos en el ombligo del siglo XX.

El racimo de cuentos para Voz viva de la UNAM despliega la versatilidad de registros donde la autora se siente cómoda. Narrados casi todos ellos desde la perspectiva de la primera persona, tan pronto es una joven que añora la presencia del amante en los domingos familiares, desde un inusual escape a Veracruz en el que evoca los nombres de las flores que aprendiera con su abuelo. Las flores y la memoria parecen compartir una delicada fragilidad con esa relación clandestina. Las familias -padres e hijas, abuelos- ronda su narrativa, a veces con un sentido de fatalidad como “La casa nueva”, que recuerda a la Evelyn de Joyce, atrapada en el sueño de un futuro mejor.



En “Una mandarina es una mandarina”, un edificio y las escaleras que llevan al estudio del pintor en el cuarto de azotea son el punto de embarque para un enamoramiento secreto. Los silencios y las cercanías se tejen con elocuencia y economía sorprendente para un inesperado final. Silvia Molina nos coloca en la mirada fresca, curiosa de la niña que crece en la hacienda de Tepexpan en el cuento “Lucrecia”. Contrasta la libertad de aquel mundo que podía explorar a sus anchas con el encierro en la escuela de monjas, la amargura de la nana decepcionada en amores con el intento de Lucrecia por descifrar el mundo que la rodea.

El protagonista de “Queja vial” trasluce su desesperación en una carta ingenua y formal para solicitar que se obligue a que el transporte público encienda los faros cuando circule en la noche. El afectado recoge el malestar que compartimos y la impotencia que anticipamos, con un humor que cobija. En cambio, el auditor metódico y cumplidor de “Cuento chino”, que nunca pierde el tiempo, esta vez hace caso a la insistencia de su esposa para que lleve el pasaporte ya que va a trabajar a Tijuana. Un inesperado chofer lo lleva rumbo a Mexicali por la Rumorosa, lo que nos hace presagiar el peligro. Qué acertado manejo de la tensión y de una resolución precisa.

La narrativa breve de Silvia Molina es reveladora de un estilo transparente y eficaz, atento al registro sensorial, a los motivos y las circunstancias de los personajes. La nostalgia o la impotencia, el humor lateral, son los tonos que acompañan los conflictos donde la exigencia del cuento es un buen provocador para la hondura que Silvia Molina sabe transmitir con una naturalidad sin costuras.

La escritora catalana Mercé Rodoreda sostenía que escribir bien era difícil porque había que decir lo esencial con la mayor sencillez. La escritura de Silvia Molina pertenece a la estirpe de lo cristalino y lo hondo.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

La casa nueva

A Elena Poniatowska

 [audio](#)

Claro que no creo en la suerte, mamá. Ya está usted como mi papá. No me diga que fue un soñador; era un enfermo —con el perdón de usted. ¿Qué otra cosa? Para mí, la fortuna está ahí o, de plano, no está. Nada de que nos vamos a sacar la lotería. ¿Cuál lotería? No, mamá. La vida no es ninguna ilusión; es la vida, y se acabó. Está bueno para los niños que creen en todo: “Te voy a traer la camita”, y de tanto esperar, pues se van olvidando. Aunque le diré. A veces, pasa el tiempo y uno se niega a olvidar ciertas promesas; como aquella tarde en que mi papá me llevó a ver la casa nueva de la colonia Anzures.

El trayecto en el camión, desde la San Rafael, me pareció diferente, mamá. Como si fuera otro... Me iba fijando en los árboles —se llaman fresnos, insistía él, —en los camellones repletos de flores anaranjadas y amarillas: —son girasoles y margaritas—, decía.

Miles de veces habíamos recorrido Melchor Ocampo, pero nunca hasta Gutemberg. La amplitud y la limpieza de las calles me gustaba cada vez más. No quería recordar la San Rafael, tan triste y tan vieja: “No está sucia, son los años” -repelaba usted siempre, mamá. ¿Se acuerda? Tampoco quería pensar en nuestra privada sin intimidad y sin agua.

Mi papá se detuvo antes de entrar y me preguntó:
—¿Qué te parece? Un sueño, ¿verdad?

Tenía la reja blanca, recién pintada. A través de ella vi por primera vez la casa nueva... La cuidaba un hombre uniformado. Se me hizo tan... igual que cuando usted compra una tela: olor a nuevo, a fresco, a ganas de sentirla.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Abrí bien los ojos, mamá. Él me llevaba de aquí para allá de la mano. Cuando subimos me dijo:

—Esta va a ser tu recámara.

Había inflado el pecho y hasta parecía que se le cortaba la voz de la emoción. Para mí solita, pensé. Ya no tendría que dormir con mis hermanos. Apenas abrí una puerta, él se apresuró:

—Para que guardes la ropa.

Y la verdad, la puse allí, muy acomodadita en las tablas, y mis tres vestidos colgados, y mis tesoros en aquellos cajones. Me dieron ganas de saltar en la cama del gusto, pero él me detuvo y abrió la otra puerta:

—Mira, murmuró, un baño.

Y yo me tendí con el pensamiento en aquella tina inmensa, suelto mi cuerpo para que el agua lo arrullara.

Luego me enseñó su recámara, su baño, su vestidor. Se enrollaba el bigote como cuando estaba ansioso. Y yo, mamá, la sospeché enlazada a él en esa camota —no se parecía en nada a la suya—, en la que harían sus cosas sin que sus hijos escucháramos. Después, salió usted recién bañada, olorosa a durazno, a manzana, a limpio. Contenta, mamá, muy contenta de haberlo abrazado a solas, sin la perturbación ni los lloridos de mis hermanos.

D.R. © UNAM 2025

Pasamos por el cuarto de las niñas, rosa como sus mejillas y las camitas gemelas; y luego, mamá, por el cuarto de los niños que “ya verás, acá van a poner los cochecitos y los soldados”. Anduvimos por la sala, porque tenía sala; y por el comedor y por la cocina y por el cuarto de lavar y planchar. Me subió hasta la azotea y me bajó de prisa porque “tienes que ver el cuarto para mi restirador”. Y lo encerré



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

ahí para que hiciera sus dibujos sin gritos ni peleas, sin niños cállense que su papá está trabajando, que se quema las pestañas de dibujante para darnos de comer.

No quería irme de allí nunca, mamá. Aun encerrada viviría feliz. Esperaría a que llegaran ustedes, miraría las paredes lisitas, me sentaría en los pisos de mosaico, en las alfombras, en la sala acojinada; me bañaría en cada uno de los baños; subiría y bajaría cientos, miles de veces, la escalera de piedra y la de caracol; hornearía muchos panes para saborearlos despacito en el comedor. Allí esperaría la llegada de usted, mamá, la de Anita, de Rebe, de Gonza, del bebé, y mientras también escribiría una composición para la escuela: *La casa nueva*.

En esta casa, mi familia va a ser feliz. Mi mamá no se volverá a quejar de la mugre en que vivimos. Mi papá no irá a la cantina; llegará temprano a dibujar.

Yo voy a tener mi cuartito, mío, para mí solita; y mis hermanos...

No sé qué me dio por soltarme de su mano, mamá. Corrí escaleras arriba, a mi recámara, a verla otra vez, a mirar bien los muebles y su gran ventanal; y toqué la cama para estar segura de que no era una de tantas promesas de mi papá, que allí estaba todo tan real como yo misma, cuando el hombre uniformado me ordenó:

—Bájate, vamos a cerrar.

Casi ruedo las escaleras, el corazón se me salía por la boca:

—¿Cómo que van a cerrar, papá? ¿No es mi recámara?

Ni con el tiempo he podido olvidar: ¡Que iba a ser nuestra cuando se hiciera la rifa!



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Domingo

Para Hernán Lara Zavala

El aire de la madrugada mueve las cortinas del cuarto y se cuela, fresco, por la rendija de la ventana hasta la cama. Está oscuro todavía, pero comienza a amanecer porque escucho los primeros trinos de los pájaros en los laureles de la India que están en la plaza, frente al hotel. No sé cómo se llaman: unos les dicen tordos; otros, cuervos; otros más, zanates; y no falta quién, urracas. Los llamo pájaros. Los pájaros negroazulosos de los laureles de la India despiertan como si nada. No tienen frío, aunque deben estar hambrientos.

He dormido toda la noche, pero el cansancio que arrastro es tan hondo que en lugar de cerrar la ventana, prefiero subir los cobertores hasta el cuello. Extiendo una mano buscando a Alfonso, pero siento las sábanas heladas. Se habrá levantado a caminar por el malecón, porque no oigo ruido en el baño. Lo he venido observando, cada vez necesita menos sueño.

Tengo frío y quisiera volver a dormir. Jalo hacia mí la almohada de Alfonso y descubro en ella todavía el olor inconfundible de su pelo, de su cuerpo grande y delgado. Pienso en él. Me lo he aprendido de memoria; sobre todo, prefiero las manos y las arrugas de la cara donde descubro su carácter, su personalidad, la experiencia que ha tomado de la vida. Lo imagino jugándome todavía, envolviéndome con los brazos y las piernas para entibiar, para calentar mi cuerpo.

D.R. © UNAM 2025

Invento otra vez que Alfonso ha salido a caminar por el malecón y siento miedo. No me gusta estar sola en un cuarto que no conozco, en una ciudad que no es la mía. No me gusta estar sola cuando estoy con él, aunque no esté con él precisamente: saberlo cerca me reconforta.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Los trinos de los pájaros revolotean en la plaza; quizá Alfonso se ha sentado en una banca del malecón a ver en el mar cómo amanece. Tal vez ha bajado discretamente a hacer una llamada telefónica.

No tenía miedo a la soledad. Nunca creí en los fantasmas y conocía bien los ruidos nocturnos: el chirriar de las puertas, los ladridos de los perros callejeros, los huecos de aire en las tuberías, el silbido de la chimenea de la fábrica; pero después de mi separación de Rubén algo cambió. Me sentía insegura en el departamento e intranquila al llegar por la noche del trabajo, al grado de que dejaba prendida una luz desde la mañana para no enfrentarme a la oscuridad, cuando las sombras y el silencio angustian. Por eso, apenas entraba, prendía el radio o el tocadiscos o la televisión, y para sentirme segura puse una chapa extra en la puerta de la entrada y un pequeño mirador por donde espiaba cuando alguien hacía sonar el timbre. Pero a todo se acostumbra uno. El miedo fue pasando. No sé por qué lo consiento ahora. Tal vez tenga miedo de que se acabe este domingo o de que pase demasiado rápido. No lo comprendo. No me atrevo a decir que sea miedo de que Alfonso no regrese. Sé que me quiere; estoy segura, aunque lo haya encontrado tarde.

Los domingos despertaba junto a Rubén como si hubiera dormido plácidamente al lado de un hermano. Él se levantaba a comprar el periódico en el puesto de la esquina mientras yo preparaba el desayuno, y luego ambos lo tomábamos sin hablar.

Me gustaría salir a dar una vuelta, le decía dándole un sorbo al jugo de naranja mientras él bebía las páginas de deportes del *Ovaciones* y del *Esto*. El fútbol era su pasión. Me gustaría salir a dar una vuelta, insistía mientras él veía el partido en la televisión. Me gustaría salir a dar una vuelta, terminaba frustrada mientras él prefería quedarse en el departamento a ver una película en la videocasetera.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Los domingos al lado de Rubén me sentía atrapada en un espacio de tedio. Domingos tranquilos, afirmaba Rubén.

El aire me alcanza de nuevo. Quizás habrá norte en el puerto. Me levanto a cerrar la ventana y miro a través de ella buscando a Alfonso en la plaza, en lo que alcanzo a ver del malecón. No lo encuentro.

Ha amanecido, no debe tardar. Me miro en el espejo y cepillo mi pelo: me descubro una cana y me siento orgullosa de ir acumulando un pequeño mechón blanco sobre la frente: ya no pareceré mucho más joven al lado de Alfonso.

Me alegro de que él no me haya visto despertar. Reflejo en el rostro las huellas del sueño. Voy a lavarme la cara con agua fría, a quitarme la palidez y regreso a la cama; es temprano para levantarse.

Recuerdo cuando mi madre me despertaba los domingos para que tomara un baño y después de vestirme y sujetar la cola de caballo, ella y mi padre me llevaban a misa en la iglesia de San Francisco. Luego íbamos a desayunar al Café París o al Café Tacuba, que mi padre escogía siempre, porque allí lo acostumbró el suyo. Esos domingos eran de café con leche; la única ocasión en que me dejaban sopear en él un pan de dulce. Paseábamos por la Alameda como si fuera el parque de San Diego en la ciudad de mi madre. Me compraban un globo o un algodón de azúcar que deshacía en la boca mientras ellos caminaban tomados de la mano. Creo que entonces éramos felices. El tiempo corría sin prisa: se nos hacía tarde y teníamos que tomar un taxi que nos llevaba a la casa de los abuelos en el centro de Tlalpan. Me trepaba a las higueras a cortar higos verdes que mi madre preparaba en dulce. El abuelo me enseñaba los colores y el nombre de las plantas que cultivaba en el huerto atrás de la casa:

—Clavel, rojo; agapando, azul; margarita, amarilla -iba nombrando las flores.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

11

D.R. © UNAM 2025

Y después, mientras el abuelo y mi padre hablaban, y mi mamá y la abuela tejían, yo jugaba con los niños de la calle. A veces también recorríamos Xochimilco con los parientes que venían de fuera. Comíamos en las trajineras, y luego andábamos por los puestos del mercado. Alguna mañana llegábamos hasta la Villa de Guadalupe por insistencia de mi mamá.

Otros domingos, despertaba temprano porque mis compañeros de la universidad pasarían por mí para ir de día de campo por los pueblos de Morelos y los del Estado de México, donde visitábamos las iglesias y los monumentos coloniales y dábamos una vuelta por los parques. Comíamos en algún valle y regresábamos a la ciudad entrada la noche, exhaustos.

No sé qué haga Alfonso los domingos. Tal vez se levante temprano a prepararse un café y luego lea el periódico. Tal vez se levante y le pida a la sirvienta el desayuno, o despierte cuando su mujer lo ha servido. Quizá después se encierre en su estudio a trabajar en la investigación que está haciendo sobre el uso del agua en el Valle de México, hasta que llegan sus hijos: comida familiar. Podría ir al mercado de Santa Rosa, que le queda tan cerca, a comprar fruta que tanto le gusta o mariscos para la comida; pero bien podría salir con su familia a comer a un restorán de buenos vinos. No imagino cómo le llegará la tarde ni cómo le entrará la noche de los domingos. No le pregunto muchas cosas porque le pertenecen sólo a él y a su familia y quizá saberlas me lastimaría, me haría tener conciencia de algo específico que no comparto con él, cuando hay tantas otras cosas que disfrutamos juntos.

D.R. © UNAM 2025

Los domingos no pienso en Alfonso para no extrañarlo; y para no tenerlo en la mente, me invento quehaceres y distracciones: arreglo las plantas del departamento y mientras les doy de beber a las violetas represento al abuelo riéndose conmigo:

—Violetas, rosas; violetas, blancas; violetas, azules.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

12

D.R. © UNAM 2025

El domingo pongo en orden el clóset y hago la compra de la despensa para la semana. Voy con mis amigas a comer y después al cine o al teatro. A veces salgo de la ciudad el fin de semana: no falta quien tenga casa en Tepoztlán; en Cuautla; en Atlihuayán. Los domingos fuera de la ciudad descanso, leo, tomo el sol y olvido el mundo. Me tengo prohibido recordar a Alfonso.

No puedo volver a dormir. No entiendo qué hace Alfonso que no viene. Tal vez tuvo hambre y decidió bajar a desayunar. Me levanto y camino por el cuarto esperándolo. Enciendo el radio-despertador. No pongo mucha atención a la música: sólo es una compañera. Me miro en el espejo y decido bañarme. Cómo me hubiera gustado que Alfonso pasara el jabón por mi espalda.

Del radio proviene la voz de Ella Fitzgerald, es inconfundible. Salgo de la regadera y me visto.

—Es domingo —digo—, prohibido pensar en Alfonso. Ya llegará.

Desde la ventana del cuarto observo el puerto. Ha salido el sol y el clima se templó. La plaza comienza a vivir, a llenarse de gente, de vendedores, de parejas que caminan de la mano, de madres que apresuran a los hijos recién bañados y limpios rumbo a la iglesia de San Andrés. El mar revienta en la playa. No veo a Alfonso.

Termino de peinarme cuando oigo que se abre la puerta.

—Buenos días —me saluda Alfonso.

No le pregunto dónde ha ido. Tiene derecho a su intimidad. Del radio se desprende la voz de Ella Fitzgerald que canta:

“It’s so nice to have a man around the house...”

—Es domingo —le digo abrazándolo y canto alegre junto con la voz que repite:



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

13

D.R. © UNAM 2025

"It's so nice to have a man around the house..."

Sé que este domingo es, de veras, domingo.

Alfonso sonríe, trae una flor.

—Rosa, roja —le digo y le doy un beso a la mano que me la entrega.

Texto
protegido

Prohibida su
reproducción

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)



D.R. © UNAM 2025

Cuento chino

Se subió al taxi que lo iba a llevar al aeropuerto, cuando su mujer le preguntó si traía consigo el pasaporte. Le dijo que no, que no iba a tener tiempo de cruzar la frontera. Llegaba a Tijuana por la tarde, de allí a cerrar la auditoría y después a descansar unas horas para salir rumbo a Mexicali a la mañana siguiente, a supervisar a los auditores de la sucursal; y al amanecer, de regreso a la ciudad de México.

Todos sus viajes eran así: fugaces. Estaba cansado de dormir en hoteles impersonales y de comer mal. Los últimos meses había subido diez kilos.

—Llévate el pasaporte —insistió ella.

—Te digo que no podré cruzar la frontera.

—Espere —ordenó su esposa al chofer—. Voy por el pasaporte de mi marido, ¿qué tal si se le ofrece?

A Pedro Sánchez, auditor de New Star de México, se le hizo una necesidad. Aquél era un viaje como todos, con un itinerario que no permitía nada fuera de él. Llegó a Tijuana a las cuatro de la tarde. Hacía frío, un frío intenso que le heló los huesos y lo obligó a ponerse la chamarra. Lo recogió Miguel, el asistente del director.

—¿Tuvo buen viaje, contador?

—Dormí todo el camino —dijo satisfecho.

En la camioneta, Miguel le pidió el número de su teléfono celular.

—Démelo usted por cualquier cosa.

En el trayecto fueron hablando del tiempo. Pedro jamás comentaba la situación de sus auditorías. Era precavido y discreto. Si alguien lanzaba el anzuelo, el guardaba silencio, cambiaba la conversación.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Llegaron al hotel. Mientras Pedro se registraba, le ordenó al chofer que pidiera en el restaurante un sándwich de pavo y una ensalada para llevar, y subió al quinto piso a dejar la pequeña maleta negra que jalaba. Entró en el baño a orinar, se lavó los dientes y las manos, se vio en el espejo con detenimiento para ver si necesitaba rasurarse; y luego sacó de su maleta un suéter azul de lana que se puso y bajó con la chamarra en la mano.

Camino a la compañía que auditaba, Pedro se fue comiendo el sándwich en silencio. Estuvo trabajando toda la tarde y parte de la noche con los contadores de la compañía que vendía teléfonos celulares. A la una de la mañana, llamó a Miguel y le pidió que fuera a recogerlo:

- Ya sé que no son horas, Miguel, pero...
- Voy enseguida, contador.

Pedro estaba rendido y hambriento: había cenado una pizza y tomado varios refrescos para contrarrestar el cansancio. Cuando Miguel lo dejó en el hotel, le preguntó:

- ¿Vengo por usted mañana, contador?
- Van a pasar por mí a las ocho. Vienen de la sucursal a recogerme.
- Que tenga buen viaje —se despidió Miguel.

Antes de dormir, Pedro pasó al Centro de Negocios del hotel y envió por fax a su director en México el resultado de la auditoria, escaneó los papales, los envió a su propia cuenta de correo electrónico, y enseguida los destruyó. Luego hizo una breve llamada de larga distancia, para explicar su descubrimiento.

Durmió profundamente. Estaba rendido por el esfuerzo, pero había encontrado la comprobación del fraude. A las ocho en punto estaba en el lobby del hotel desayunado y listo, con su maletita negra, esperando.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

—¿Es usted el contador Sánchez? —le preguntó un hombre cercano a los cuarenta años.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Tengo órdenes de llevarlo a Mexicali, señor.

Jaló su maleta, la colocó en la cajuela y abrió la puerta del coche. Quedó sentado al lado del chofer. Hubo silencio hasta que Pedro lo rompió.

—¿Cómo se llama?

—Mauro, señor. Mauro Vega Lee.

—¿Lee?

Mauro comenzó a contarle su historia: tenía ascendencia china. Su bisabuelo había entrado por los Estados Unidos, a donde había llegado de Cantón, atraído por la Fiebre del Oro en California; invitados los “coolies” por Porfirio Díaz a colonizar el país, llegó a Mexicali junto con otros compatriotas que habían sufrido la discriminación de los americanos y los europeos que trabajaban en las minas. El bisabuelo, campesino de tradición confusionista había salido de Cantón huyendo del maltrato de los ingleses que favorecían el cultivo del opio, y al llegar a Mexicali se dedicó al cultivo del algodón, y con lo ahorrado puso una mercería. Los chinos de Mexicali se habían multiplicado como conejos y vivían escondidos en las trastiendas. Las mujeres, sobre todo. Su padre, un empleado del ayuntamiento, jugando fútbol había volado la pelota sobre la barda de la familia Lee. Montó para ver dónde había caído y descubrió a unas chinitas lavando ropa. Todas corrieron a esconderse menos una joven alta y espigada que sacudió el agua enjabonada de sus manos, caminó hacia la pelota, la tomó y la aventó del otro lado de la barda. Casi no hablaba español.

Era cierto, Mauro tenía los ojos ligeramente jalados, además de aquel color amarillento matizado por el sol.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

17

D.R. © UNAM 2025

Tomaron la carretera; a poco rato, las montañas de la Rumorosa los recibieron imponentes. Pedro admiraba aquel paisaje desértico: las montañas de piedra, los picos, los colores cobrizos de las rocas.

El viento era tan fuerte que intentaba mover el coche. Pedro Sánchez iba escuchando la historia de los chinos en Baja California mientras disfrutaba el panorama hasta que de pronto sonó su celular:

—¿Contador Sánchez?

—¿Quién habla?

—Miguel, contador. ¿Dónde está?

—En la carretera —dijo—. Camino a Mexicali.

Hubo un silencio.

—¿Miguel?

—En el hotel está la camioneta que fue a recogerlo, contador. ¿Con quién anda?

No se asustó. El hombre a su lado no parecía un secuestrador y su historia era, más que un cuento, vivida. Mauro conocía bien los laberintos del contrabando humano: los chinos que heredaban los pasaportes y los papeles, los que nunca habían aprendido una palabra de español... Lo escurridizo de sus hombres.

—Estoy con Mauro —respondió.

—¿Mauro?

—Mauro Vega Lee. De los chinos Lee de Mexicali.

—Un momento, contador. No cuelgue —dijo la voz inquieta de Miguel.

D.R. © UNAM 2025

Pedro sabía que Miguel estaba verificando si el nombre del chino que iba a su lado era conocido. Pensó en el fraude que había detectado, y un ligero escalofrío le recorrió el cuerpo.

—No hay ningún Vega en la sucursal, y mucho menos un Lee. Los Lee no son de Mexicali, contador.

Hubo otro largo silencio.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

- La carretera a Mexicali está cerrada por una tormenta de nieve, contador.
—No puede ser. Por ella vamos.
—¿Qué pasa? —preguntó conductor.
—Piensan que me trae secuestrado —respondió con naturalidad.

Mauro Vega Lee no se inmuto: ni sonrió ni puso un gesto de seriedad, siguió concentrado en el volante.

- Miguel insistió:
—La carretera de la Rumorosa está cerrada por tormenta de nieve. ¿Entiende? Así que no va por la Rumorosa. Le repito que la camioneta que mandaron de Mexicali por usted está esperándolo en el hotel. Al no encontrarlo llamaron a la dirección porque pensaron que andaba conmigo. Me mandó el director al hotel a ver qué pasaba.

Se volvió hacia Mauro y por un momento dudó, pero le soltó de golpe:

- ¿Me trae secuestrado, Mauro? Dicen que la carretera a Mexicali está cerrada por una tormenta de nieve.
Por toda respuesta Pedro escuchó:
—Venimos por ella.
—Venimos por la Rumorosa —insistió al teléfono.
—¿No ve un letrero por allí, contador? ¿Un anuncio, algo que nos sirva para ubicarlo?

D.R. © UNAM 2025

En realidad, ya lo había estado buscando porque le acababa de despertar el miedo. De pronto se dio cuenta que el chino Lee no había contestado completa su pregunta.

- No. No hay ningún letrero.
—Voy a colgar y si ve algún letrero, me llama.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Volvió a la conversación de los chinos para aparentar tranquilidad. Los chinos encerrados, una enfermera cómplice que se internaba por las colonias marginales, por casas secretas para atender a los enfermos llegados de contrabando... Ningún letrero en la carretera. Ninguna señal de tormenta de nieve. Ninguna.

Habían pasado quince minutos y decidió marcarle a Miguel cuando sonó el teléfono.

—¿Vio algo, contador?

—Nada.

—Pues ya investigamos la noticia de la radio y, efectivamente, la carretera está cerrada por la tormenta de nieve.

Pedro Sánchez guardó silencio, pero de pronto unos delicados copos de nieve empezaron a caer.

—Está nevando, Miguel —descansó.

—Buena señal, contador. Le llamo en un rato.

No habían pasado ni cinco minutos cuando llegaron a un punto en que la carretera estaba, efectivamente, cerrada. Entonces el chino Lee le preguntó si traía consigo el pasaporte para cruzar por Tecate, y el contador Sánchez recordó la insistencia de su mujer.

Apenas dieron vuelta, el chino Lee sacó su teléfono celular y marcó un número.

—Cambio de carretera por tormenta de nieve. Voy a llegar tarde a comer, pero sin novedad —dijo y colgó.

Una llamada extraña, le pareció al contador Sánchez, y empezó a dudar de su acompañante. ¿A quién le había hablado? No parecía que, a un familiar, desde luego.

—¿Cómo iremos?

—Por Calexico, señor.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

20

D.R. © UNAM 2025

El contador Sánchez subió el zíper de su chamarra, recargó la cabeza en el cabezal del asiento y cerró los ojos. No podía hacer nada, estaba a merced del conductor quién fuera. No podía abrir la puerta y tirarse, no aguantaría el frío ni el viento que lo hacía más intenso.

El chino Lee condujo en silencio. Atrás se habían quedado la nieve y las historias de los chinos, hasta que, al llegar a la garita de Tecate, el agente aduanal les pidió sus papeles.

Mauro Vega Lee mostró, sin entregarla, una identificación que parecía una tarjeta de residente. Enseguida el agente miró a Pedro Sánchez que mantenía las manos en las bolsas de la chamarra:

—Pasaporte.

—No traigo, señor —contestó Pedro Sánchez, y abrió la puerta del coche para bajarse.

—Dijo que traía pasaporte —reclamó el chino Lee—. Tengo que llegar a comer. Se me hace tarde. Ahí lo dejo.

—Creo que lo perdí, no lo encuentro —contestó tranquilo, caminando hacia el agente y diciéndole adiós al chino Lee con la mano izquierda.

Mauro Vega Lee arrancó despacio. Parecía que iba a orillarse, pero se siguió de frente sin mostrar ninguna prisa. De pronto desapareció en el horizonte, como en un cuento fantástico: se esfumó con sus historias, su secreto y la pequeña maleta negra que iba en la cajuela del coche.

—¿Su amigo?

—Tiene prisa por llegar a la reunión. En cambio, yo...

Pedro Sánchez hizo que buscaba entre su ropa el pasaporte y finalmente lo sacó de la bolsa de la camisa y lo mostró.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

—Lo siento. Pensé que lo había dejado en el hotel. Estaba seguro, pero creí que podía cruzar con mi credencial de elector.

No sabía qué contarle al agente aduanal y decidió abreviar un interrogatorio que podría prolongarse inútilmente: no tenía ni la más remota idea de quién era Mauro Vega Lee, si así se llamaba y si era de ascendencia china.

Pedro Sánchez marcó en su teléfono un número.

—¿Miguel? Estoy en la garita de Tecate. Venga por mí. Mauro tenía prisa. Se adelantó a la reunión. Dígale al director que hable a Mexicali para decir que todo está en orden, que llegaremos más tarde.

Colgó sin dar tiempo a Miguel de hacer preguntas. Caminó hacia una máquina para comprar un café. Hacía un frío cortante.

Aquella historia no tenía final, fue un acto de prestidigitación. Un cuento chino, sonrió, y bendijo a su mujer mientras trataba de entender qué le había sucedido, quién era aquel hombre que lo había recogido en Tijuana y para qué.

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)



D.R. © UNAM 2025

Lucrecia

A Sara y Nito

( [audio](#))

Nací en Tepexpan, un pueblo pequeño y pobre, al que se llega por la carretera a San Juan Teotihuacán. Mi pueblo es, sin embargo, famoso: custodia en un museo rural los prehistóricos huesos de una mujer, mal llamada “El hombre de Tepexpan”, y de un mamut. Sus extensos y áridos campos están llenos de obsidiana, serpientes y hierbas olorosas.

Los habitantes de Tepexpan provienen de los constructores de las pirámides del Sol y de la Luna, pero su grandeza ha declinado al punto de que nadie la recuerda. Los ancianos visten de blanco y aunque no son intrépidos andan siempre con el machete en el cinto. Los jóvenes emigran en busca de trabajo y desprecian el oficio ancestral: barbacoeyero. A veces, un domingo, se presentan a visitar a la familia, a llevarse ropa limpia, a ver a la novia. Llegan transformados, con pantalones y camisas a la moda, melenudos, altivos. Las muchachas se pasan la vida esperando que el novio regrese, que alguien llegue a sacarlas de la soledad; y en esa espera, lo único que las hace felices son las premoniciones, el invento de un futuro irremediable en el que yo también aprendí a creer.

Adormecida sobre sus inmensas bardas, una antigua hacienda ocupa casi todo mi pueblo. Construida a principios de siglo, su arquitectura no es particularmente bella. La hermosura consiste en la sobriedad de los muros, en sus trazos rectos, y en sus columnas cuadradas.

La Hacienda de Tepexpan, donde nací, alberga en uno de sus rincones el Hospital Nicolás Bravo, una dependencia de Salubridad para enfermos crónicos no contagiosos.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Por los cincuenta nombraron a mi padre director del hospital y llevó a mi madre a la hacienda, en cuyo viejo casco vivíamos muchas familias: las de los doctores y las del personal administrativo. Y dentro del viejo casco, cada familia vivía plácida e independientemente.

En el segundo piso de la fachada tienen todavía sus habitaciones las Hermanas de la Caridad, y allí mismo se eleva una misteriosa capilla. Las Hermanas entonaban maitines que me hacían despertar soñando con ángeles y oraban en el crepúsculo con una armonía y un ritmo que no he podido olvidar.

Crecí rodeada de ahuehuetes y pirules. La flor del nopal, los entierros prehispánicos y la transformación de los renacuajos eran para mí cosa tan natural como los semáforos y los cines para mi prima Soledad, quien vivía en la ciudad de México.

En aquel tiempo, mi mamá estaba preñada otra vez y por motivos que desconozco guardó cama durante casi todo su embarazo. Mi papá pasaba la mayor parte del día en el hospital; todas las tardes iba a buscarlo y me entretenía platicando con los enfermos o jugando con el teléfono de la administración: una cajita de madera a la que se le daba cuerda antes de descolgar.

Los fines de semana venían a vernos mis abuelos, mis tíos y mis primos, y no faltaban amigos de mi papá; pero nosotros nunca íbamos a ningún lado.

D.R. © UNAM 2025

Para Lucrecia, mi nana, la ciudad de México era un desafío; allá estaban, según me decía, todos los hombres del pueblo. Lucrecia tenía, en esa época, los ojos más sinceros que yo conocía; su mirada hacía alarde de lealtad.



[Volver a la tabla de contenido](#)



D.R. © UNAM 2025

Reía con los ojos, pero cuando los domingos traspasábamos las puertas de la hacienda para ir a la plaza donde se ponía el tianguis, no levantaba la vista del suelo y me hablaba casi en secreto. “Aquella señora que va para allá es la mamá de Juan”. Juan era su novio.

Quería a Lucrecia y creía en su mágica palabra. Por las noches, mientras ella me desvestía para dormir, me rodeaba de las fantasías que deseábamos: por supuesto que se casaría con Juan y tendría un cuartito y... Yo aseguraba entenderla, pero una niña entiende apenas las cosas de las muchachas enamoradas que viven soñando, porque un día Juan también se fue a México.

Con la ausencia del novio, Lucrecia cambió. Tantos meses sin saber nada de él le dieron una mirada desapacible. Por las noches me contaba historias de nahuales, de muchachas robadas, de espantados.

- Duérmete o me convierto en víbora.
- No me asustes, Lucrecia. Además, nadie puede convertirse en animal.
- No estés tan segura. ¿Ojos de qué me ves?
- No los hagas así que me asustas.

Me comenzó a dar miedo estar con Lucrecia y se lo dije a mi mamá: “Lucrecia, me haces el favor de no contarle tonterías a la niña; va a seguir con pesadillas”. Pero Lucrecia no hizo caso y mi mamá se vio obligada a pedirle que se fuera al anochecer para regresar hasta el día siguiente.

D.R. © UNAM 2025

Cuando mi prima Soledad venía a pasar las vacaciones con nosotros, yo le iba mostrando lentamente los secretos de la hacienda: al fondo estaban los potreros y el jagüey, las gallinas del administrador, el establo abandonado, la gruta de la Virgen del Rosario de Fátima; luego, la huerta que cuidaban las Hermanas, y el campo, un campo soleado donde nos perdíamos corriendo con el Cajeme, mi perro, o cazando mariposas y atrapando chapulines.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

También la llevaba al hospital y le enseñaba los enfermos contrahechos, las rapadas, los muchachos sin piernas, las viejitas calladas e inmóviles.

A la una, Lucrecia iba a buscarnos.

—La comida está lista.

La una de la tarde era aburrida, larga y desesperante porque Lucrecia nos obligaba a dejar los juegos; y mientras nos servía la sopa de fideo, el arroz con plátano y el bistec, le preguntaba a Soledad cosas de la ciudad de México.

Soledad era miedosa y educada. Sabía cortar la carne y contestar: “Sí, tío. No, tía. Muchas gracias”. Tenía los ojos verdes y dos años más que yo; presumía de que cursaba tercer año y de que dividía y multiplicaba de varias cifras.

En Tepexpan no había escuela, y el sol del campo tostaba mi piel cada vez más. No sabía multiplicar ni dividir pero paraba de manos al Tetabiate, mi caballo, y tres horas a la semana me era permitido conocer el misterioso mundo de las Hermanas de la Caridad, pues subía a las habitaciones de Sor María Rosa, de quien recibí una sofisticada instrucción: los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Iglesia, entremezclados con la vida de Fray Bartolomé de Las Casas y de Fray Toribio de Benavente; narraciones que yo le exigía por no repetir el silabario ni hacer sumas y restas. Cuando le recitaba de memoria los mandamientos, me regalaba estampitas de santos y me mostraba su colección de objetos prehispánicos. Constantemente venían del pueblo a regalarle figurillas y vasijas con los que tiempo después montó un modesto museo a la entrada del hospital. Sor María Rosa me dejaba jugar con las cuentas de jade y ponía geométricos sellos precolombinos en mis manos.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Sin embargo, la mamá de mi mamá quería que me fuera a vivir con ella para que se me quitara lo “salvaje”. La mamá de mi papá, más consentidora aseguraba que ya tendría tiempo para ir a la escuela, pero me orillaba a tejer cadenitas con gancho y a bordar punto atrás.

Después de la comida, Soledad y yo nos íbamos a sentar en las banquetas de la calzada que unía a la hacienda con el hospital. Por allí iban y venían los doctores y las Hermanas. Sor María Rosa, con su toca almidonadísima, entre ellas.

En la calzada esperábamos a mi papá, bailábamos el trompo o jugábamos a las canicas, y después nos perdíamos por los rincones de la hacienda seguidas por el Cajeme que no me dejaba ni para dormir.

Lucrecia nos buscaba antes de irse:

—Se las va a tragar el anochecer -nos decía con una voz mustia y llena de risa.

Volvíamos acosadas por Lucrecia y un horizonte de sonidos extraños. Nos daba de merendar y luego se despedía de mi madre:

—Hasta mañana, señora. Ya vinieron por mí.

Era verdad: iba por ella la yerbera del pueblo.

—Con ella estoy aprendiendo.

—¿Qué cosa, Lucrecia?

—Cuál hierba cura el dolor de estómago y cuál es buena para el frío o el calor, con qué otra se quita el mal de ojo...

—¿Qué es eso?

—Lo que te voy a hacer si preguntas tanto, Soledad.

Cuando las vacaciones terminaban, de alguna manera yo comprendía más a Lucrecia: la ciudad de México nos privaba de los seres queridos.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

27

D.R. © UNAM 2025

Un día Lucrecia se presentó sin sus hermosas trenzas: se había hecho permanente en Texcoco. Sentí como si con su grueso cabello hubiera cortado el poco de cariño que le quedaba por mí. También es cierto que nos separó el nacimiento de mi hermano Román: se afanaba planchando el alterón de pañales. Mi nana se había transformado, sin remedio, en un ser violento y distante, cuya mirada me ponía nerviosa.

Un domingo en el que estaban mis abuelos en casa, fui con los niños de la hacienda a buscar huevos de sincuate. Traía media docena en las bolsas de mi delantal, cuando al caer los aplasté.

—Mira nada más cómo vienes. ¿Qué te embarraste allí?

—Eran huevos de sincuate, Lucrecia.

—Pues vas a ver... la víbora los va a andar buscando y va a venir a estrangularte.

Sus palabras cayeron infalibles sobre mí: su mirada no mentía. No habría escondite, no tendría salvación. Mis papás me habían prohibido participar en las exploraciones en busca de serpientes o de sus crías. Culpable de mi desobediencia corrí a pedirles a mis abuelos que me llevaran a México.

Asociaba la crueldad de mi nana a su pelo chino, a sus nuevos zapatos de tacón, a sus vestidos pegados, a su ambición de irse, ella también, a la ciudad: “Cuando venga Juan me voy a ir con él”.

Esa noche, cuando Lucrecia ya no estaba, mi abuela, complacida, hizo mi maleta para una semana.

Mis abuelos vivían en la calle de Morelia en la colonia Roma. La casa me recibió lúgubre, oscura, y la falta de espacio para jugar me ahogó en la nostalgia de la hacienda.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

28

D.R. © UNAM 2025

Regresé desesperada por ver a mis papás, por cargar a Romancito, por montar al Tetabiate, por perderme en el campo con el Cajeme. Además, tenía que contarle a Lucrecia lo horrible que era la vida en la ciudad: no me dejaron salir a la calle porque “viene el robachicos de Romita y te lleva”.

Tenía que sentarme derecha, caminar derecha, no podía poner los codos sobre la mesa. A mi abuelo no le gustaba el ruido, dormía siesta, y las carreras y los gritos estaban prohibidos, como el trompo, las canicas y todo: “Las niñas son modositas y juegan en silencio”.

No acabábamos de llegar, cuando mi madre, asustada todavía, contó a la abuela lo que sucedió la noche que nos habíamos ido:

—Notamos al Cajeme muy inquieto. Iba y venía ladrando y llorando; trataba de decimos que en el cuarto de los niños había algo. Pensamos que se había metido una rata. Román y yo fuimos por unas escobas... No te imaginas, mamá... Detrás del ropero estaba una sincuata de casi dos metros. Qué horror, mamá. No sabes qué horror. La gente del pueblo tiene la creencia de que vienen cuando hay niños de pecho; dicen que se prenden a las mamas de las madres; por eso, les dicen así, sincuates. Imagínate, no es que yo crea en eso, pero no he vuelto a abrir los ventanales del cuarto, y me ha quedado una inquietud muy grande. Me la paso registrando por todos lados.

—¿Y la sincuata, mamá? —me atreví, no sé cómo, a preguntar.

—La mató tu papá -contestó triunfante.

D.R. © UNAM 2025

Corrí a buscar a Lucrecia. En la cocina estaba otra muchacha del pueblo.

—¿Y Lucrecia? —le dije.

—Dicen que a Lucrecia se la robó Juan y se la llevó a México.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Todavía hoy, cuando hablo con Soledad acerca de aquella época, llegan hasta mí los armoniosos cantos de las Hermanas de la Caridad y la voz templada de Sor María Rosa: “Fray Toribio de Benavente, *Motolinía*, tomó el hábito de la orden de San Francisco, allá en España...”; y también me atrevo a pensar que Lucrecia, mi nana, fue teniendo algo de víbora.

Texto
protegido

Prohibida su
reproducción

D.R. © UNAM 2025



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Queja vial

A Jaime Vázquez

(🔊 [audio](#))

Lic. Librado del Barrio Sánchez

Oficina de Atención Ciudadana

Presente

Muy estimado Señor:

Hace tiempo que deseo expresarle mi disgusto por la circulación en la ciudad de microbuses y peseros con los faros apagados durante la noche, pero mi esposa me aseguraba que mi escrito nunca iba a llegar a sus manos, que se quedaría en la charola de trámites y no avanzaría en ninguna dirección dada su incomodidad y mi libertad de expresión, cosa que siempre he defendido.

Como ve, señor, mi esposa es lo que se dice una “escéptica” (como dice mi jefe cuando le digo que he terminado mi trabajo: “Salas, Salas, yo soy un escéptico: hasta no ver, no creer, como santo Tomás”) con las cosas del buen gobierno, sea este personal, privado o público.

Ahora, señor, me he animado a formalizar la queja, porque vinieron a visitarme dos amigos holandeses que me han hecho una sugerencia para acabar con el problema del cual me quejo desde hace ya tanto.

Verá usted y perdone el rodeo para “llegar al meollo del asunto”, a donde me exige mi jefe que llegue cuando me pide alguna explicación, o como me reclama mi mujer, exigiéndome ir al grano cada vez que intento explicarle mis llegadas tarde a casa; sin embargo, como ve, soy un convencido de que hay que hacer la lucha y de que explayándose se entienden mejor las cosas.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Todo empezó, como le manifiesto, con la visita de mis amigos holandeses a la ciudad. Los conocí en un corto viaje de placer que hice a Cancún hace una semana, y no de trabajo, como le dije a mi mujer. Los encontré en la playa echándose sus tragos tumbados al sol y los convencí de venir a nuestra ciudad donde hay unos antros mejores, incluso, que los de allá, como El globo morado, en la Guerrero, que está lleno de globitos en el baño y tiene una música de poca... Ya ve usted que uno debe ser atento con los extranjeros para que borren esa pésima imagen que tienen de nuestra capital, la cual, por lo mismo, no estaba en sus planes; y por eso también formalizo mi queja, ya que me lo pidieron y tengo que cumplirles.

Los recogí el lunes, amaneciendo, en el aeropuerto capitalino y los deposité en un hotel baratón del centro histórico para que les rindieran más sus ahorros, no sin antes advertirles que no tomaran un taxi de la calle, no fuera a ser que me dejara mal el taxista y les bajara su lana y su pasaporte.

Les expliqué que como mi nuevo jefe me hace firmar la entrada a las nueve y la salida a las seis de la tarde, con una hora para comer, estaría a sus órdenes sólo a partir de esa hora. Por fortuna no los conocí cuando estaba mi jefe anterior que era de los que pedía resultados y, por lo mismo, no tenía yo hora de salida y no los habría podido atender.

Pues, señor, a las seis en punto de la tarde le hablé a mi mujer y le dije que tenía que llevar a un compañero del trabajo al hospital a ver a su papá que estaba grave (no mentí en esto, sólo en que lo tenía que acompañar dado su desconsuelo), apagué mi celular (no fuera a dar lata... ¿Quién cree usted? Exacto), tomé mi Chevy que, aunque no es nuevo jala bien y tiene en regla la verificación, y me dirigí al hotel para llevarlos como les había prometido a hacer un recorrido nocturno por la ciudad.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

32

D.R. © UNAM 2025

Recorrido, pensé equivocadamente, que sería memorable porque la ciudad fulguraba por las luces navideñas —sobre todo en el zócalo por eso de la pista de patinar que, por cierto, asombró tanto a mis amigos que van a proponer al Jefe de Gobierno de su ciudad de Róterdam, como la llaman, que en lugar de poner una pista de hielo en las fechas navideñas monten un palenque como el que gozaron en Cancún, para que la gente vaya allí a divertirse con lo que no tiene en su cultura ni en sus raíces. Les pareció muy buena la idea. Memorable también, creí, por las morenazas que iban a conocer y de hecho conocieron, pero que quedaron opacadas por las circunstancias, no por su fealdad. ¡Qué equivocado estaba yo, señor! La velada fue memorable por lo que nos habría de pasar en el trayecto por la ciudad, y eso es justo lo que quiero exponerle.

Resulta que no habíamos recorrido ni diez cuadras en el coche cuando uno de mis amigos, el de nombre Robert, me hizo notar, nervioso, que venía detrás de nosotros un microbús sin luces. Escribió en su libreta de viaje el número de la placa que había descifrado con bastante trabajo, arrancó la hoja y me la guardó para que diera yo el reporte a las autoridades. Entonces le dije una mentirilla piadosa: “Tal vez se le acaban de fundir los faros”. Le di las gracias por su detalle de anotar la placa y me comprometí a reportarlo apenas los dejara de regreso en el hotel, pero no había acabado de decir esto cuando el Robert vio otro micro con la misma problemática; es decir, sin luces.

Le ahorro a usted la descripción detallada de cómo nos fuimos encontrando a lo largo de la noche la cantidad de cincuenta y cuatro autobuses todos con los faros apagados o fundidos, cuyas placas le anexo, gracias a que el Robert se toma las cosas en serio e hizo un esfuerzo batallando con las letras y los números que se confunden en la oscuridad.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

33

D.R. © UNAM 2025

Le comento a usted que no pude seguir mintiéndole a Robert ni mucho menos a Stefaan (perdoné usted, pero nunca anoté los apellidos) que se ve más desconfiado, al grado de asegurarles que había venido un mago a la ciudad de México y se había robado las luces de todos los micros. Ya de por sí tomaban la cuenta de los camiones de chunga, entre burla y broma: “¡Otro más!” “¡Anota las placas, Robert, para el Guinness!”

Y yo, señor, pasando vergüenza por mí y por usted. Sí, señor, por usted también, aunque no me conozca ni yo tenga el gusto de conocerlo porque finalmente usted es, ni más ni menos, el responsable de lo que hace su gente, como dice mi feje cuando me regaña: “De todo lo que haces mal, Salas, yo soy el responsable. ¿No entiendes?” Y le juro que traté de disimular el inconveniente, pero no pude. Hablaban en su idioma sospechosamente y luego decían cosas como: “Vamos a hacer una estadística” o “Con los números de las placas jugaremos póquer esta noche”. Le digo, señor, ya mejor lo tomaron a guasa.

Mire usted, hay mentiras que no se pueden echar, porque si usted ha estado en el extranjero o, en todo caso, en Holanda que es el lugar de origen de estos amigos que hice en Cancún cuando fui de escapada, sabe, le habrán contado como a mí o ha visto que los autobuses circulan con luces; y, usted que es la autoridad no me dejará mentir: allá las leyes son implacables y se aplican “al pie de la letra” como dice mi jefe cuando me da instrucciones: “Las cumple al pie de la letra, Salas, no se vaya a poner lírico como acostumbra”. (Por cierto, no está usted para saberlo, pero “Lírico” es mi apodo porque las compongo en el aire.) En cualquier parte al autobús que no lleva los faros encendidos por la noche, lo multan con una multa alta por el peligro que representan y no los dejan circular.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Sin mentir, como lo juzgué más conveniente dadas las circunstancias de desventaja que llevaba yo y para no arriesgarme demasiado ante Stefaan, le dije a mis amigos que aquí la policía de tránsito padece de la vista (no dije “se hacen de la vista gorda” como hubiera sido lo correcto), porque de otra manera, le insisto, señor, ya los habrían infraccionado o, mínimo, no podrían circular; pero en ese momento, salidos del noveno antro —ya que habíamos recorrido El Tenampa, El diente de oro, La maraca y el contrabajo, El pichito amoroso, El vuelve siempre, El picosito, La Daniela, El wikén y La galería—, al querer sacar el coche del estacionamiento, le di al faro delantero del lado izquierdo. Me lo eché con una pequeña barda que no vi y no porque se me hubieran pasado las copas porque Stefaan no me dejó beber ni una gota de ron después del primero por aquello del programa Conductor responsable que hay en su país y que, se ufanó, inauguró en éste antes que nadie.

No había avanzado dos cuadras cuando me detuvo un agente en un retén, me pidió la licencia, me obligó a pasar con el médico para hacer la prueba del alcoholímetro que pasé gracias Stefaan, y me infraccionó por manejar sin el faro del lado izquierdo.

Yo, señor, como comprenderá, estaba turbado y confuso frente a mis invitados que preguntaron al agente qué pasaba con los autobuses sin luces y le mostraron la lista de placas que con tanto trabajo descifraron. ¿Sabe cuál fue la respuesta de su agente de tránsito, señor? “¿Cuáles autobuses sin luces, no veo ninguno?”, y es que de verdad no se ven hasta que los tiene uno encima como nos sucedió en plena discusión ya que pasó un microbús que sólo se delató por el ruido del motor, y eso que casi y nos lleva de encargo.

¿Usted qué hubiera hecho en mi lugar? Yo mejor cerré el pico, y me hice de la vista gorda como el agente, y juré no decir una mentira más. Hay veces que se plano no se puede.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

35

D.R. © UNAM 2025

Mis amigos en cambio, señor, pagaron la multa, no crea que ofrecieron una mordida, y me propusieron una buena solución: Entregar a los extranjeros al llegar a la ciudad una advertencia del problema para que se fijen en la noche al cruzar las calles, y un detector de autobuses y de agujeros porque juzgan que la capital también tiene demasiados que no se ven hasta que llega el golpe, para los que piensan alquilar un coche.

Yo considero, señor, con todo respeto, que los detectores de autobuses o “radares” como los llamaron mis amigos, podrían ser de tecnología china, ya ve que todo lo reproducen los chinos a muy bajo costo, y que podrían ponerse en los coches desde la fábrica aunque pienso, con toda honestidad, que los capitalinos no necesitamos el radar porque aunque no me lo creen mis amigos holandeses, hemos desarrollado, además de las alteraciones que nos ha provocado la contaminación, una transformación en nuestro organismo que los detecta; o sea que ya llevamos la alerta puesta. Nos las ingeniamos para escapar del impacto económico del transporte público en nuestro gasto corriente (como diría mi jefe después de pagar la reparación). Podemos esperar a que se desarrolle la tecnología, como siempre, por eso no se preocupe usted.

Señor, es por lo antes expuesto que pongo esta queja de atención ciudadana; queja que como ha visto, lleva implícita la posible solución.

Atentamente,

Manuel Salas, El Lírico

Ayudante de administración

Mariano Chocano 26, Col. Pensil,

02539 México, D. F.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

Una mandarina es una mandarina

 [audio](#)

Se habían sentado en una mesa arrinconada de un bar en la Avenida Principal. Un bar pequeño, casi vacío. Él llevaba un saco de piel negra recién estrenado y pantalones de mezclilla. Fumaba nervioso. Sonia tenía el cabello recogido en una cola de caballo, y una blusa, bajo la cual se veía el leotardo que se dejó después del ensayo. Sonia guardaba silencio. Las palabras se le negaban.

Era una de esas noches calurosas de verano, húmeda por las nubes que amenazaban con derramarse sobre la ciudad.

Él pidió otro Herradura reposado. Ella seguía muda, tratando de ocultar el dolor. Paralizada, como si fuera la estatua mítica de sal, no se movía.

Lo miraba sin verlo, las manos aferradas al vaso de ron. Quería pensar en otra cosa, en la pareja de la mesa contigua, en la coreografía que estaba montando, en el mesero, en lo que fuera... pero una y otra vez volvían a ella las palabras de él.

Había sido breve, casi cortés.

—No puedo tener dos vidas. ¿Entiendes?

Entendía perfectamente, aunque no hubiera ido preparada, para ése ni ningún otro argumento de ruptura.

D.R. © UNAM 2025

No podía cambiar la realidad. Pensaba: “No hay fórmula mágica. Una mandarina es una mandarina”.

Él no quería herirla. Le decía adiós sin decirlo; significaba hasta nunca sin hablar, hasta siempre, hasta quién sabe cuándo ni de qué modo.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

37

D.R. © UNAM 2025

Sonia lo conocía de siempre, lo había visto desde siempre en el edificio donde vivían sus padres; los padres de Sonia. Él tenía el taller en la azotea. Cuando llegó, era un pintor desconocido. El padre de Sonia lo descubrió una mañana entrando con un manajo de pinceles. Le habló. Se hicieron amigos.

—Ese muchacho es un artista —había dicho el padre de Sonia, cuando vio su trabajo—. Un artista, acuérdense de mí. Tiene talento y personalidad.

Él fue haciéndose de un nombre; el padre de Sonia leía en el periódico y escuchaba en la televisión sobre las exposiciones del pintor en México, en el extranjero.

Sonia y él se saludaban, a veces, en la entrada del edificio, en el estacionamiento, en las escaleras: “Buenas tardes, buenas noches”. Hasta que él la invitó:

—Voy a tener una exposición.

Tenía razón el padre de Sonia. Las imágenes en las telas parecían tener más fuerza que los objetos. Ella creyó esa noche que la mandarina no era lo que había pensado, sino un símbolo con el cual él jugaba, y ella supuso descubrir.

Esa noche apenas si se hablaron. Él le agradeció con cortesía la asistencia. Sonia salió sin despedirse.

Fui a una exposición de tu amigo, papá —dijo un martes que fue de visita.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Distinto —aseguró con entusiasmo.

—Te lo dije —expresó orgulloso el padre de Sonia como si fuera el padre de él.

Otro día se cruzaron en las escaleras.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

D.R. © UNAM 2025

—Me gustó la mandarina —dijo ella—, porque es algo que está dentro de ti.

Complacido del comentario, la invitó otra vez.

—¿Te gustaría ver lo que estoy haciendo?

Subieron juntos. Sonia miró la cantidad de pinceles clavados en frascos, los tubos de óleos. El taller tenía orden dentro del desorden. Las mesas y el piso estaban manchados, pero los botes, las paletas, los pinceles, las telas y los trapos parecían colocados con voluntad, como si ése y no otro fuera el lugar que les correspondía. En un caballete estaba la figura inacabada de una mujer.

Él puso un disco compacto de Mozart y le mostró su obra y la colección de grabados de la cual estaba orgulloso. A Sonia le gustó un Toledo, que él puso aparte, y le ofreció un café. Hablaron con facilidad, como si hubieran sido amigos de toda la vida. Cuando él pronunció cinabrio, ella exclamó:

—Es una palabra bonita.

Él tomó una hoja de papel azul y trazó con tinta china: “Cinabrio está contento porque le gustas”.

Al salir, ella llevaba también el grabado de Toledo que él le colocó, a la fuerza, en la mano.

D.R. © UNAM 2025

El martes siguiente él la estaba esperando en la puerta del edificio.

—¿Caminamos un poco antes de que entres a ver a tu papá?

Caminaron toda la tarde y así fue como empezaron a verse los martes. Se citaban en una cafetería, lejos del edificio, para que el padre de Sonia no sospechara aquella amistad, para que no se inquietara, para que no la interrumpiera.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

39

D.R. © UNAM 2025

Recorrían la ciudad, iban a algún museo, se escapaban a cenar. Hablaban de todo; pero mucho de ellos. La historia de siempre.

Una tarde él le confesó, aunque no necesitaba hacerlo, que estaba enamorado a pesar de la imposibilidad.

A ella, la misma confesión le llevaría tiempo. Dejó de verlo los martes, de ir a las citas. Pero él la buscó insistente y Sonia no quiso resistir las ganas de verlo. Sin embargo, marcada entre ellos, había una distancia, un límite que agrandaba el deseo insatisfecho y que iba creciendo conforme llegaban los encuentros y se hacían más frecuentes.

Él la llenaba de palabras distintas, como si tiñera de granada el cielo en un lienzo. La hacía flotar contenta por la vida, como los objetos que él trazaba al viento en las telas.

Pero él acababa de decir que entendiera. “No puedo tener dos vidas. ¿Entiendes?” Así, de pronto.

Sonia hacía un esfuerzo por moverse, por hablar, por encontrar una palabra que pudiera retenerlo, hasta que por fin dijo, aunque no era eso lo que quería:

—Assez.

Él la miró sin comprender.

—Assez, quiere decir basta —explicó mientras se ponía de pie.

Él guardó silencio.

—Tienes razón —se despidió Sonia—. Mi marido debe estar esperándome para cenar.



[Volver a la tabla de contenido](#)

VOZ VIVA

40

D.R. © UNAM 2025